

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

SUS MEJORES PAGINAS—
Por Gilberto Alzate Avendaño
Manizales. Colombia.

Destino singular el de Gilberto Alzate Avendaño muerto hace un año en Bogotá. Luchador político tuvo en esta actividad sus triunfos y sus derrotas, sus hallazgos

y sus equivocaciones. Todo lo cual es consubstancial con la humana naturaleza. Fue dueño de una personalidad vigorosa y de una ternura humanística. De los arrebatos más patéticos, de las actitudes leoninas, pasaba a la cordialidad del diálogo en el cual era una rica fascinación. Porque sabía imprimirle a su vocabulario una fina dosis de humorismo que diluía toda aspereza.

Erudito y sincero, su estilo literario, tan llameante y barroco, era el natural producto de una cultura adquirida en la difícil brega del autodidactismo, cuando el espíritu, no pudiendo hallar soluciones ciertas a muchos enigmas, osila entre un mar sembrado de escollos, pero también hecho melódico por el eterno canto de las sirenas. Alzate Avendaño sentía en la sangre, en los huesos, en la respiración, el morbo de la literatura. Una imagen hermosa, un hallazgo verbal fulgurante, constituían su caza predilecta. Descendía de la tormenta de nuestra política tan agria y dolorosa, a los territorios sellados del gran estilo, de la frase contorneada, completa, armoniosa.

Era un ansioso en esa sorda lucha del hombre con el estilo. Porque lo formal, el paramento, la desgarrada entraña lírica, constituían gran parte de su temperatura intelectual. Se hubiese batido por un vocablo como por una doncella. Por eso mismo su actividad política, tan compleja, tuvo tanto de pasión mental, de sacrificio en aras de la secuencia poética. Hubiese sido uno de los grandes escritores de Colombia en este siglo, si la musa vociferante, el clamor acre de la muchedumbre, no lo hubiesen convocado a esas citas estériles con una democracia en pantuflas. Entregado literalmente al sacerdocio de las letras nos hubiese dejado libros densos, cargados de ideas, dogmáticos y organizados.

Lo demuestra ampliamente esta selección de sus páginas hecha por el diario "La Patria", de Manizales. Un estilo filudo, conceptual, con nervio, plasma, riqueza interior. Inflamado por el soplo del barroquismo, por la

urgencia de regar belleza literaria con brazo de sembrador. Forma muy en boga en su nativo Departamento de Caldas. La belleza ante todo.

No sabemos por qué fluye de estas páginas de Alzate Avendaño una melancolía que se hace más ácida al recordar la absurda muerte del luchador intrépido y del noble amigo de la juventud. Páginas escritas mientras el fragor de la batalla política consumía su sensibilidad y su esperanza. Breves treguas entre la acción humana y el claro silencio de las estrellas. Necesaria frustración de una vida, de una inteligencia que tanto tuvo que hacer en el mundo de la cultura. Estos frutos literarios, recogidos piadosamente por los amigos de Alzate Avendaño, de una generación triturada por dos guerras mundiales y para la cual no hubo sosiego y sí el caliz de la amargura.

Hermosas páginas que de pronto se convierten en apólogo. Memoria de un escritor que no pudo coronar las cimas ambicionadas y nos dejó la trágica claridad de su espíritu y los hallazgos de su sensibilidad, antes de ser llamado a la eternidad del cristiano por la cual peleó batallas frontales.

Biblioteca de Autores Contemporáneos. EL MEDITERRANEO ES UN MAR JOVEN— Por Eduardo Mendoza Varela.

Ampliamente conocido en nuestro mundo literario tan congruo en figuras cimeras, es Eduardo Mendoza Varela. Desde temprana edad, haciendo a un lado otras sollicitaciones de la

inteligencia como la del ejercicio de la abogacía, se entregó por completo a serias investigaciones literarias y artísticas y al conocimiento de su pueblo colombiano. Porque Mendoza Varela no fue nunca ese tipo de escritor que tiene un concepto epidérmico de su trabajo. Siempre lo hemos encontrado en una seria búsqueda de motivos intelectuales a los cuales entrega su meditación, un ascetismo que en verdad lo honra. Porque se halla convencido de que el escritor tiene una misión, un fin, un sitio en la sociedad moderna. La Torre de Marfil y las letras como dulce ocio, son dos posiciones que han pasado de moda y a las cuales nadie aspira seriamente a volver. Hoy, es preciso aceptarlo, el escritor es un testigo y un mártir de su tiempo. Tiene que señalar las causas y los efectos en un mundo crispado, donde todos los antiguos teoremas mentales han sido revaluados o han caído en desuso.

Y precisamente Mendoza Varela ha tenido la virtud germinal de amar todo lo colombiano y de sentirlo como propio. No se avergüenza de tener que mostrarnos la pesadumbre de nuestras remotas aldeas, la miseria de las escuelas rurales, el dolor silencioso de un pueblo que busca su redención. En su prosa, de tan nobles metales, ha escrito una especie de memorial de todo lo que somos y también de los inmensos vacíos de nuestra cultura. Es un escritor completo, por que lo mismo nos entrega ahora este libro de plásticas y calientes viñetas, como ahonda en la tragedia del analfabetismo, de la falta de pan y de higiene del gran conglomerado de campesinos de Colombia. Llegar a dominar estos temas casi docentes, sin perder el contacto con las grandes culturas universales, es en verdad un

logro admirable, un equilibrio mental que supone un amoroso conocimiento de los valores vitales del universo en el cual nos movemos.

Mendoza Varela no es de aquel tipo de ensayistas que solamente encuentran alguna satisfacción intelectual, escribiendo acerca de temas europeos o de autores que nada tienen que ver con nuestra humilde hazaña como Nación. Gentes que no entienden a cabalidad que no agregan una palabra más, un concepto nuevo, a la palpitación de nociones literarias trabajadas con altísima noción de su destino, por los mismos europeos. Porque es preciso conformarse con lo que se tiene si aspiramos en verdad a que nuestro mensaje sea autóctono, con sus propias esencias intransferibles.

"El Mediterráneo es un mar joven", señala un punto de madurez en la obra del escritor a que aludimos. Porque ha sabido mirar los seres, los paisajes, la eternidad de grandes manifestaciones del arte y del pensamiento, con pupila de americano que busca el natural enlace que existe entre una colina de su valle nativo en Boyacá, con aquellos sitios por donde pasó Cristo dejando un suave aroma de nardo y el vuelo claro del turbante. Porque, a través de esta obra, apreciamos cómo se compenetra el sentimiento del paisaje en el escritor. Acaso en su niñez recibió la impresión que causa el discurrir por el campo, aspirar sus efluvios, sentir la naturaleza en la misma sangre. Así se pueden mirar todos los paisajes del mundo, relacionándolos, uniéndolos, otorgando a la meditación cierta unidad que está en el mismo sistema nervioso. Este libro de tan alta calidad literaria, ratifica el concepto que nos merece su autor de investigador atento de los rumbos fundamentales de la cultura, de la hazaña del espíritu humano. Obra bella, remanso y camino, nostálgicos cielos de Gracia, de Italia, de Palestina, donde maduran racimos de Otoño y son el perfil histórico y moral de gentes que han vivido en razón de hazaña, de misticismo, de lejanías mitológicas.

SEUDONIMOS COLOMBIANOS

Por Rubén Pérez Ortiz—

Publicaciones del Instituto Caro
y Cuervo - Bogotá.

Para muchas gentes remolonas y mordidas por el escepticismo, puede parecer labor dispendiosa e inútil la llevada a feliz término por Rubén Pérez Ortiz, miembro muy distinguido del magnífico Instituto Caro y Cuervo, de Colombia. Para nosotros resulta singularmente interesante este viaje que ha realizado el autor por el mundo de nuestras letras para cazar los seudónimos que han usado nuestros escritores en lo dilatado de los tiempos. Porque el escritor colombiano ha sido muy dado a usar el seudónimo en minutos culminantes de su actividad intelectual. Los grandes maestros de la prosa, los poetas de todas las escuelas, los periodistas de fina lírica, se han refugiado en ese huerto de sellados nombres que no son el de pila, para desde allí disparar sus venablos.

Nadie podría decirnos, en puridad de verdad, si el uso del seudónimo ha sido consecuencia de una humildad mal disimulada, o de cierto desgano para presentarse con el nombre propio en la batalla por las ideas o simplemente cuestión temperamental. Nosotros que, en este libro, aparecemos

con dos seudónimos que usamos muchas veces, tenemos que confesar que lo hicimos por simple deseo de evitarnos la malquerencia por conceptos que, presentados con nombre propio, hubiesen desgarrado algunas vanidades retóricas o la epidermis de orondos políticos, muchos de los cuales están hoy merecidamente en el cuarto de San Alejo. A muchas gentes el nombre propio irrita y causa urticaria. Más cuando se trata de presentar tesis reñidas con cierto vago conceptualismo ambiental, fofa y carente de raíces nutricias.

Pero volviendo al caso de este libro, puede afirmarse que ha sido ejemplar la obra realizada por su autor. Y que exige paciencia y sistematización. Todo ello logrado por una firme vocación intelectual, que ha hecho tan respetable en el mundo de la cultura el Instituto Caro y Cuervo, considerado hoy como uno de los pilares de la sabiduría lingüística americana.

Nos invade cierta melancolía cuando encontramos los seudónimos *Marcel* y *Aquilífero*, que nos ganaron algunas admiraciones y también enconadas envidias. Y cuando repasamos la historia de tantos hombres de letras que brillaron un minuto en la vida nacional y desaparecieron definitivamente, ya que el terreno de nuestra cultura está aún en su limo original.

Recomendamos este libro como un aporte valioso a nuestras letras patrias en su actividad vital.

ESTAMPAS INTERIORES— Por Néstor Villegas Duque. Editorial Antares. Bogotá D. E.

El médico pediatra doctor Néstor Villegas Duque, oriundo de Manzanares, Caldas, ha publicado este hermoso libro que constituye una silenciosa lección de heroísmo, una defensa de los más nobles atributos humanos. Primordialmente de la amistad como un culto y de la ética profesional como un sacerdocio. Libro viril, optimista, que en verdad debiera ser brevariario para la juventud colombiana por todo lo que encierra como lección, voluntad templada, capacidad de superación. En verdad es una obra hermosa como un apólogo, digna de ser leída en voz alta ante un coro de hombres jóvenes pero que aspiran a realizarse plenamente. Porque la vida no es fácil y todos nuestros días están sitiados por la angustia, la envidia, las malas pasiones.

Saber vencer lo trágico cotidiano; tener fe y templanza para la conquista del porvenir; no languidecer, ni desmoralizarse ante los fracasos, elevar la mira, limpiar de rencor hacia Dios, realizarse plenamente en el esfuerzo diario por servir a la humanidad, ser todo un hombre, son razones que manan de esta obra que más que un manual de literatura es un himnario de fe, de caridad cristiana, de severa nobleza. Como un viento de eternidad pasa por muchas de las sentencias que se reúnen en apretado haz en este libro, que en verdad tiene tanto de lámpara interior, de humano sacrificio, de ese dar sin esperar recompensa, que debe ser la norma de todo cristiano militante.

Su lucha gigantesca y callada con todo lo trágico cotidiano llevó a este médico escritor a exclamar: "me fui pareciendo a un risco, a uno de los que coronan los cerros de mi pueblo. Por eso me siento huidizo, apartado y solo". La soledad de las almas forjadoras, de los caracteres templados en la adversidad, pero que no obstante la aridez donde han tenido que desarrollar su parábola vital, guardan, intactas, fuentes de ternura y de llanto. Pero que no les permite ser extravertidos, sino que se realizan completamente en el monólogo interior, en los laberintos del alma.

Sobria lección mana de este libro autobiográfico. Caliente de humanidad, de padecimiento y de comprensión. Escrito en noble estilo castellano y transparente como la poesía de las cosas sencillas, hermanas de nuestra vida como discurso de amor a nuestros semejantes.

DEL BARRO AL ACERO.
En la Roma de los Chibchas.
Por Gabriel Camargo Pérez.

El historiador sogamoseño doctor Gabriel Camargo Pérez, quien, en dilatadas vigili-
as, ha tratado de traernos el "aire indio", de un tiempo abolido de nuestra prehistoria, nos entrega en este libro el fruto de sus meditaciones. Mejor de sus cogitaciones. De su melancolía; de su nobleza de escritor por desentrañar un pasado que fue hermoso, alma sutil, peripecia de una raza perdida para siempre en la leyenda y el mito. Porque, a esta hora de la vida colombiana, es imposible, como lo afirma Germán Arciniegas, desentrañar el simbolismo, la civilización manual, el pensamiento central de los chibchas que fueron aventados por las llanuras del tiempo y atravesados como pellejos de vino historiado por la lanza de los encomenderos.

No hubo cronistas activos que dejaran el testimonio de ese pueblo. Acaso el licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada escribió el relato fabuloso de lo que vieron sus ojos de letrado y jurista, pero ese libro no fue nunca conocido y con la raza indígena del altiplano se convirtió en una leyenda más. Hay épocas en la historia de los pueblos que merecerían un veraz testimonio, acaso un padecimiento que fuera como el hito, el punto de partida para conocer todo un tramo de sociología, de amor, de melancolía, de costumbres y afanes.

El historiador Camargo Pérez realiza una fina labor de orfebrería al tejer este gran gobelino de la historia de Boyacá y de su pueblo. Gentes nobles pero introvertidas; paisaje silencioso, quemado por la nostalgia; caminos que se refugian en los huertos; pueblos apiñados en intimidad patriarcal; valles de una belleza deslumbrante; claridad del sol, del quemado sol de los chibchas, que inunda todas las rutas; iglesias levantadas por españoles penitentes, visionarios, de alma desértica; espadañas azules que tiemblan en el aire con el reflejo de una espada hundida en el agua desnuda; barrancos ocres y memorias, sí, memorias de una raza en ceniza, de una mitología lacustre, pueblo que espejeaba cuando llegó la Conquista y se volvió, de pronto, taciturno, con un silencio yerto, de estalagmita.

Esa raza, su desenvolvimiento, su dolor, su esfuerzo de años, su callada paciencia, su tristeza supina, le han merecido al historiador de este libro, estos cantos, este surtidor de aguas vivas.

Y naturalmente realiza el análisis sociológico de la evolución de una comunidad rural, feudataria, con raíces prendidas a la tierra, y que, súbitamente, traspasa la edad del silencio y la piedra, para penetrar en el mundo del acero, de las máquinas cantantes, del turbión industrialista que generalmente mata el alma del campesino nuestro y lo convierte en un ser extraño, en un verdadero monedero falso de lo que son los auténticos valores de su Patria.

No sabemos hasta donde esta evolución que se produce en Boyacá pueda considerarse como favorable para el campesinado de aquel Departamento. Y si es preferible la feligresía rural con su ámbito de leyendas, mitos, lagunas, o, un pueblo fabril, sometido a padecer una realidad tecnológica que por ancestro le es completamente extraña. Son interrogantes que deben ser absueltos por sociólogos y economistas de cualquier edad y cultura.

Este libro del Barro al Acero, debe ser cuidadosamente leído por todos los colombianos amantes de su historia.

VENGO A DAR TESTIMONIO.
Por César ROSALES.
Editorial LOSADA.—Buenos Aires.

Nos ha llegado de Buenos Aires el último libro de poemas de César Rosales. Cada día se ahonda más la fina herida de una poemática humana, hecha de sollozo, esperanza, dolor altivo y resonancia del paisaje. Rosales viene cumpliendo un itinerario exigente. Nada deja a la pura lírica, a los elementos formales. Cuando lo conocimos en Buenos Aires, ya trabajaba en estos versos casi minerales, desolados, el acongojado temblor del hombre en quien se hace luz la conciencia de los conflictos universales, del dolor crepitante, de la miseria de no ser mañana sino un poco de ceniza iluminada, mientras siguen rodando las constelaciones y el vaso de la amargura pasa de nuestras viejas manos a otras nuevas, por el sacrificio de la propia sangre y el obligado tránsito de nuestra piel a otra nueva, inédita, que será también golpeada por el mundo, en un peregrinaje eterno y lloroso.

César Rosales ejercita un magisterio trascendente y esquivo. Las palabras parecen encendidas, comidas en los bordes por una extraña y fascinante iluminación. Son los misterios del mundo, las divinas esencias, el soplo de la muerte, lo que lo trae precisamente a darnos testimonio de lo que ha padecido, de la manera como su sensibilidad ha respondido a las voces enloquecidas de los elementos. El poeta siente las tremendas iluminaciones de su América, del dolor de estos pueblos, de nuestra frustración, del hombre total, desvelado a la orilla de los enigmas. El poeta no ha querido viajar a Europa para que le presten dicciones o fulgores fatuos. El quiere ser un lírico americano, un profeta de adivinaciones. Como lo fuera Tamayo, Angel Falco, Vallejo, Guillén. Tomar este barro aborígen y levantarlo hasta las estrellas. Y para lograrlo hace uso de la palabra exacta, de contornos redondos, logrados, casi simple. Pan de humildad amasado en los hornos de su meditación, allá donde la conciencia como una lámpara vigila y pasa el viento negro de las profesías. Leamos estos apartes de su monumental canto a César Vallejo, el gran poeta peruano:"

*"César Vallejo, el hombre sin reposo,
un hombre nada más,
nada menos que un hombre.*

Un hombre, ¿me oyes?

*que de tanto sufrir se volvió piedra
y no llora, no llora, ni se queja;
se crispa duramente como una piedra rota
por los "golpes sangrientos"
—esos golpes que arrastran y arrojan en el alma
"la resaca de todo lo sufrido"—
o por el arma inicua del malvado
que la atormenta y veja con su pie pestilente
queriéndola abatir.*

Pero todo es inútil:

*César Vallejo, el hombre
sin reposo, acosado, mordido, se levanta
"como un perenne Lázaro de luz",
y es un titán, un cíclope de piedra
de los Andes altivos,
un picacho llameante y erizado
lleno de resplandores y anatemas
que ilumina, ilumina
con su fósforo agónico y eterno
las llagas de su pecho
los huecos y las grietas de los otros,
que castiga con látigo de fuego
y con lengua de bronce profetiza,
para el día que adviene,
la semilla, la planta rumorosa,
la flor alta del hombre!*

Qué trascendente mensaje el de esta poesía de Rosales. Con el último libro de Esteban Ratti y de Francisco Luis Bernardez que nos han llegado de la Argentina como fino regalo de fin de año y que comentaremos oportunamente, la lírica del país del sur, se sitúa en un lugar de primera magnitud en la rosa inefable de América.